

# Capítulo 4 - Rompecabezas y Autocreación - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1- 4, Actualización 3 de Julio]

- Capítulo 4 - Rompecabezas y Autocreación - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4, Actualización 3 de Julio]

# Capítulo 4 - Rompecabezas y Autocreación - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4, Actualización 3 de Julio]

Siobhan

28 de septiembre, lunes, a las 5:30 a.m.

Siobhan despertó con un grito ahogado en la garganta, apretando la mandíbula con tanta fuerza que sentía cómo crujían sus dientes. Destellos efímeros de llamas reflejadas en charcos de sangre cruzaron su visión mientras se aferraba a la oscuridad. Su corazón latía con fuerza, como si hubiera estado corriendo frenéticamente por las calles de Gilbratha en un estado de pánico salvaje, y las suaves sábanas debajo de ella estaban frías por el sudor. Los destellos de su sueño se desvanecieron a medida que abandonaba el mundo de los sueños, y ella se esforzó por relajarse. ‘Olvidé lanzar mi hechizo de sueño sin sueños’, se dio cuenta.

Se levantó lentamente y se dirigió con rigidez a la ventana, deshaciendo la cerradura y empujándola para abrirla. El aire fresco entró con un aroma a sal. Miró hacia la calle vacía y respiró profundamente hasta calmarse. Solo entonces tomó conciencia de su cuerpo, aún transformado en la forma masculina desconocida. La noche anterior, Dryden la había llevado a su casa—aunque para ella parecía más una mansión—y, de inmediato, de manera imprudente, se quedó dormida en la cama, en una habitación para invitados en el segundo piso, con sus mochilas junto a ella para tener algo de seguridad.

La falta de incomodidad de Siobhan con su nuevo cuerpo le produjo un estremecimiento incongruente. ‘No puede ser normal que olvide que mi cuerpo no me pertenece. Hace menos de un día, y ya me he adaptado a esta piel tan perfectamente que podría haber sido mía desde siempre. ¿Hay algún error en mi psique que me haga sentir tan desprendida? O, tal vez, este nivel anormal de comodidad sea un efecto del hechizo. La creadora seguramente era lo suficientemente hábil para hacer algo así.’ El pensamiento la reconfortó, y decidió deliberadamente creer en la última explicación.

La transformación no parecía haber retrocedido de un día para otro. No hubo deslizamiento de nuevo a su forma femenina, ni pérdida de control ni sentimientos de desconexión con el nuevo cuerpo. Un examen superficial no reveló cambios en el artefacto, aunque ella no tenía hechizos diagnósticos para asegurarlo.

A pesar de su incomodidad con esta forma y del temor por sus posibles consecuencias—la magia siempre tenía un costo—no podía fingir más que estar abrumadoramente, patéticamente agradecida por haber descubierto el amatista. Este cuerpo le otorgaba acceso a la magia, a conocimientos más allá de lo que un simple mortal podría imaginar. Era la herramienta que le permitiría desentrañar los secretos internos del universo y luego moldearlos a su voluntad. Además, le aseguraba mantenerse fuera de la cárcel.

La usaría hasta que cualquier diferencia se volviese tan natural como su primera forma. La amaría.

De manera distraída, rascándose la suciedad bajo las uñas, Siobhan se desplazó hacia la esquina y encendió los cristales de luz. Irónicamente, la intensidad de la luz hacía que las sombras en la esquina de la habitación y bajo la puerta parecieran más ominosas.

Con torpeza, se sentó en la copa y se alivió, experimentando la extraña sensación de que la magia limpiaba y secaba sus regiones íntimas por primera vez. La copa, que parecía ser un artefacto, empezó a procesar los desechos y otro hechizo evitaba que el olor filtrara en la habitación. Sin saber cómo sentirse respecto a este uso de la magia, Siobhan volvió cojeando a las mochilas en la cama y buscó en una de ellas un pequeño frasco de ungüento para hematomas.

Mientras suavemente frotaba la pomada sobre los moretones que parecían cubrir la mitad de su cuerpo recién pálido, con manchas de color púrpura, azul y verde—un patrón que, aunque doloroso, parecía casi artístico—Siobhan reflexionaba sobre su transformación. "Al menos sé que las heridas se transfieren entre mi estado normal y el transformado. Me pregunto cómo funciona. ¿Tendré la menstruación, o esos órganos también han sido absorbidos y transformados?" Un escalofrío le recorrió ante la idea de posibles errores. ¿Y si se transformara de mujer a hombre a mitad de su menstruación, y la sangre restante no fuera ni absorbida por el hechizo ni expulsada de su cuerpo?

"Espero que el creador del artefacto haya considerado esas posibilidades. ¿Qué hay de envejecer? Si eso se considera daño, como una herida, entonces ambos cuerpos deberían envejecer al mismo ritmo. Si desarrollo músculo como hombre, ¿seré más fuerte como mujer?" Imaginó su cuerpo normal creciendo en músculo, y soltó una pequeña carcajada de diversión.

Había preparado ella misma la pomada para los moretones, y era de alta calidad, enviando olas alternas de frío y calor a través de su carne, alivianando el dolor y rigidez, acelerando su recuperación. Debería haberse aplicado la pomada la noche anterior, antes de que las heridas tuvieran tiempo de asentarse. Ahora, tardarían más en sanar.

Se estiró con calma y luego caminó hacia la puerta, abriéndola con precaución y asomándose por el pasillo oscuro más allá. Estaba vacío, salvo por la alfombra ornamentada y unas pequeñas mesas con jarrones y objetos decorativos que probablemente valían más que su Conductor.

Salió sigilosamente, cerrando la puerta del dormitorio tras de sí. Notó que no crujía ni se doblaba bajo sus pies al avanzar por el pasillo. El piso era de mármol sólido, sin cortar, aunque ella estaba en el segundo piso. "Qué desperdicio de recursos. ¿Cuánta magia se habrá invertido en construir esta casa?" Sin embargo, en aquel momento, le servía para su propósito.

Recordó vagamente sus recuerdos confusos de la llegada la noche anterior, con los efectos de la tensión de voluntad evidentes en retrospectiva. Demasiado hechizo, junto con estrés y fatiga, habían causado una serie de efectos secundarios, y podían ser realmente peligrosos. Se había sentido distraída y desorientada, y mucho de su camino hacia la Mansión Dryden se había perdido en un leve estado de fugue.

A grosso modo, recordaba que él le había dicho que los sirvientes no vivían en su casa y que todos se habían ido a casa, antes de servirle personalmente un vaso de agua y acompañarla escaleras arriba hasta el dormitorio vacío. "Creo que tomé decisiones menos que inteligentes ayer," admitió con cierto arrepentimiento. Sin embargo, aún no habían inventado un hechizo para regresar en el tiempo, así que no le quedaba más remedio que aceptar su situación actual y seguir adelante.

Las primeras puertas que abrió llevaban a otros dormitorios, así que para no abrir accidentalmente la puerta de la habitación de Dryden y, si él tenía un hechizo de alarma activado, alertarlo de su intrusión, decidió descender por las escaleras hasta el nivel principal, y luego subir por las escaleras en el lado opuesto. Las habitaciones allí eran más variadas, aunque igualmente lujosas, y no pudo evitar sonreír con entusiasmo al encontrar una habitación grande llena de libros. Había oído hablar de bibliotecas antes, de su abuelo, y aunque no parecía tan grande como había imaginado, aún contenía más libros de los que había visto en un solo lugar. Ventanas amplias permitían que la luz del día entrara abundantemente, y en el extremo opuesto de la habitación, junto a una ventana abreviada con un banco ancho debajo, había un escritorio imponente cubierto de papeles.

Siobhan se dirigió directamente hacia él. Observó los cajones cerrados a los lados, pero no tocó ninguno por si estaban protegidos. Ni siquiera encendió la lámpara de cristal que descansaba sobre el escritorio, sino que se cruzó las manos detrás de la espalda para evitar que sus manos se exploraran con curiosidad. Se inclinó para leer lo que podía por la luz de la luna y las farolas que penetraban por la ventana medio descubierta. Para su decepción, no encontró nada escandaloso ni nefasto. De hecho, la mayoría de los papeles parecían ser notas o información sobre la logística para comenzar y administrar varios negocios. "La primera opción de trabajadores debería ser los Mires—los más necesitados se beneficiarían más", había garabateado Dryden en un papel.

Cuando una inspección adicional—aún sin tocar—no reveló nada más, Siobhan se volvió hacia las estanterías que cubrían las paredes. No utilizó la escalera para alcanzar los estantes más altos, simplemente hojeó los títulos de los libros a su alcance. Para su decepción, los únicos libros sobre magia eran teóricos y abstractos en naturaleza. No había grimorios ni textos educativos, aunque sí encontró una estantería con novelas de ficción—aventuras sensacionalistas y otras historias tontas. Desanimada, se detuvo en la cocina en su camino de regreso a su habitación, robando un par de frutas fuera de temporada y una barra de pan. La magia era un trabajo hambriento.

‘¿Qué esperaba encontrar?’ No estaba segura, pero sabía que una pieza de ese rompecabezas no encajaba con las demás. No era lo suficientemente valiosa para que Dryden hiciera todo ese esfuerzo por ayudarla, especialmente si él y Katerin cumplían su palabra y no planeaban hacerla hacer algo moralmente reprobable para devolverles el favor. ‘Si eso fuera cierto, sería mucho menos complicado simplemente contratar a un hechicero legítimo. Los términos de mi préstamo pueden estar ridículamente sesgados a favor de Katerin, pero apostarí que el libro y el artefacto valen más que los intereses que ella obtendrá de mí. Si fuera cierto que no querían ninguno de los dos objetos por el peligro de las autoridades, ¿por qué estarían dispuestos a relacionarse con la persona que los robó? No, no puedo confiar en ellos.’

A la luz de las lámparas de cristal encantadas de su habitación, devoró la comida con voracidad mientras examinaba el suelo bajo una de las alfombras mullidas. El mármol justo debajo era lo suficientemente áspero para que el carbón de yeso se adheriera fácilmente. Sin duda, eso era intencional, una pose de los ricos, ya que la habilidad para realizar magia era un símbolo de estatus. Enrolló la alfombra y la apartó, colocándola en la esquina. La piedra tenía una temperatura fresca contra sus pies descalzos, pero no le importó.

Se arrodilló en el suelo y sacó un trozo de tiza envuelto en papel encerado, luego arrancó un borde para abrir el medio de dibujo. Dibujó un Círculo, usando una cuerda para mantenerlo lo más redondo posible. El Círculo era grande, dejando espacio suficiente para la Palabra, la matriz del hechizo instructivo que le ayudaría a guiar la energía mágica. El tiempo se escapó mientras concentraba su mente en el rompecabezas de crear un hechizo de descifrado, de modo que ni siquiera notó cómo la luz pasteles del amanecer se filtraba por el horizonte, otorgándole a la habitación un aire fantasmal.

Conocía el hechizo de encriptación en su grimorio, que su abuelo había diseñado y ayudado a crear cuando ella era niña. La desencriptación era compleja y difícil, un campo en constante evolución del que sabía poco. Aunque pudiera diseñar un hechizo que probablemente descifrara su propio grimorio, si tuviera suficiente poder, eso solo porque comprendía la encriptación original.

Después de colocar el libro robado en el centro del Círculo Principal, Siobhan dio un paso atrás. El riesgo que estaba a punto de asumir probablemente no lo compensaría, pero no conocía a nadie que pudiera ayudarla con esto, y necesitaba descubrir qué contenía aquel misterioso volumen. Con suerte, encontraría alguna explicación acerca del amuleto. Revisó nuevamente la invocación, buscando posibles riesgos evidentes o ineficiencias. Había escuchado muchas historias de terror sobre magos imprudentes y pequeños errores, y no deseaba convertirse en una advertencia para otros.

La magia, en su forma más básica, era cambio. Un intercambio de una cosa por otra.

Existían tres elementos esenciales en cada hechizo, aunque la forma en que un taumaturgo lograba cada uno variaba según su técnica, nivel de habilidad y preferencias personales. Los tres elementos eran la Voluntad, la Palabra y el Sacrificio.

El Círculo facilitaba los tres elementos, y la mayoría de las artes mágicas utilizaban uno de ellos de alguna forma. Al dibujar un Círculo, se delimitaba un espacio físico alrededor de un dominio

esférico que se controlaba, señalando que lo que había en su interior era de quien lo trazaba y podía cambiarse o intercambiarse según la voluntad. Era posible crear un hechizo que afectara a distancia, como el hechizo de aturdimiento almacenado en las varas de batalla de los muchachos, pero aquellos efectos también comenzaban dentro de un Círculo.

La Voluntad del taumaturgo hacía posible la magia. Filósofos y científicos por igual lucharon por definirla a su modo, pero Siobhan siempre creyó que era bastante simple. La Voluntad era una combinación de deseo desgarrador y mando inquebrantable, que ella proyectaba en el tejido del mundo. La realidad se doblaba ante la fuerza de su Voluntad porque no podía hacer otra cosa.

Cuanto más fuerte fuera la Voluntad de una persona, más poder podría canalizar; en consecuencia, la Palabra necesitaba ser menos precisa, y se perdía menos energía en la conversión. Con una Voluntad suficientemente potente, el conocimiento para mantenerla, y los recursos adecuados, un taumaturgo podría levantar montañas con un simple gesto, atravesar el velo entre la vida y la muerte, y viajar a los Planos Elementales. Dudaba que hubiera algo que la magia no pudiera lograr, siempre que el taumaturgo tuviera suficiente fortaleza.

La Palabra dirigía la transformación de energía o materia, orientando los efectos del hechizo. Podía ser cualquier instrucción, aunque en la hechicería generalmente se plasmaba en el Círculo mediante una serie de glifos y símbolos con significado numérico. Muchas veces, se complementaba con palabras pronunciadas o instrucciones escritas, especialmente para efectos complejos. Aquí, la Palabra era tan elaborada, clara y detallada como ella pudiera hacerla, con la esperanza de reducir la carga sobre su Voluntad.

El Sacrificio era aquello que entregaba para lograr el efecto del hechizo. Podía ser un objeto, como un trozo de barro usado para fabricar un ladrillo, o energía, como el calor de una llama.

La magia moderna había definido dos subtipos diferentes de hechizos. La transmutación se basaba en las ciencias naturales. El agua tenía una conexión natural con el hielo, ya que con solo un cambio en la energía, uno se convertía en la otra. La transmogrificación se apoyaba en la ciencia simpática. El agua tenía una conexión simpática con una maldición de ahogamiento, porque las personas mentalmente vinculaban las aguas profundas con la muerte. Por eso, el agua podía usarse como Sacrificio en hechizos con efectos completamente distintos.

Para este hechizo, ella utilizaba diferentes componentes basados en la verdad, el texto y la buena vista. La llama de una pequeña linterna de aceite le proporcionaba la energía necesaria.

Finalmente, el Conducto canalizaba la energía taumaturgica convertida. Para la mayoría de los hechiceros, era un cristal de celerio, capaz de soportar potentes fuerzas mágicas sin explotar ni fundirse. El celerio era el único elemento que incluso los más poderosos no podían transmutar o duplicar, ni transferir sus propiedades mediante transmogrificación con un Sacrificio. Tenía propiedades esotéricas que no comprendían del todo, pero que lo hacían especialmente apto para su función. Solo se encontraba en depósitos naturales como las minas de Lenore.

Su propio Conducto tenía una capacidad de hasta doscientos cincuenta tahums, lo cual aún superaba en varias decenas la fuerza que su Voluntad podía soportar. Con práctica para fortalecer su voluntad, eventualmente tendría que actualizarlo. Cuando llegara el momento, su padre le

entregaría el Conducto de su madre, un anillo de reliquia que ella usaba para recordarla, ya que Siobhan todavía no lo necesitaba técnicamente. O eso era lo que él insistía.

La primera y más importante regla que su abuelo le inculcó con férrea convicción fue que nunca, bajo ninguna circunstancia, debía realizar un hechizo sin un Conducto adecuado.

Él le había causado pesadillas con sus historias de advertencia. Ella tenía apenas diez años por entonces, y aún no había iniciado su aprendizaje con él, pero la encontró fingiendo lanzar magia con uno de sus libros en lugar de escribir su ensayo asignado. Lo recordaba con claridad. «La magia es como una bestia», había dicho. «O una jauría de insectos», agregó.

Había estado aterrorizada por un enjambre de abejas enfurecidas solo un par de semanas antes, y sus ojos se abrieron más de par en par mientras trepaba las sábanas un poco más arriba bajo su barbilla.

«Usada correctamente, puede ser guiada con tu Voluntad. Controlada. Pero nunca domesticada. Sin embargo, debe tener un medio por el cual viajar mientras transforma tu Sacrificio en tu efecto mágico. Y sin un Conducto, viajará por tu interior. Como un enjambre de insectos invisibles, se arrastrará dentro de ti e te infestará. Se extenderá desde tu cuerpo hasta tu mente, y algunos dicen que incluso hasta tu alma», arengó con tono ominoso mientras ella lo miraba fijamente, sin pestañear.

«Te morderá, rasgará, y pinchará desde adentro. Pero no te darás cuenta. Porque en el primer contacto de la magia en tu carne, en tu mente, solo sentirás dicha. Tal dicha que nunca querrás detenerte. Esa es su veneno, su venganza por tu arrogancia al canalizarla directamente. Incluso quienes llevan la sangre de tu madre han perdido el control frente a ella. He visto la carne de un hombre hincharse con ampollas que explotaban y mostraban racimos de ojos creciendo bajo su piel. He visto a una mujer cuyo espíritu se distorsionó hasta sentir un hambre insaciable por la carne de niños cuya sangre aún corría caliente por sus venas. Otro hombre... simplemente desapareció. Gritaba de placer, pero parecía estar siendo torturado. Desapareció ante mis ojos, en medio de la calle, y nunca más se supo de él. Aunque, en ocasiones, cuando caminaba por esa calle de noche, podía escuchar en el viento los ecos lejanos de sus gritos.»

Había gimoteado, y la mirada lejana de su abuelo había vuelto al presente, mirándola con intensidad severa. «Por eso nunca debemos lanzar un hechizo sin un Conducto. Especialmente con la débil línea de sangre de tu padre. No es seguro, mi niña.»

Aún ahora, Siobhan estremecía ante las imágenes que las palabras de su abuelo habían evocado. Convencida de que todo era tan seguro como podía hacerlo, ella sujetó su Conducto con ambas manos y dirigió su Voluntad hacia el hechizo de descifrado, mientras la llama de la vela temblaba al ser absorbida por ella.

El texto permanecía un enredo de letras que reconocía mezcladas con otras que estaba segura de nunca haber visto, ninguna formando palabras comprensibles ni ningún patrón discernible. Los ocasionales gráficos o ilustraciones en tinta no eran más que garabatos enroscados, como si alguien hubiese intentado dibujar algo de memoria, con los ojos cerrados, sin levantar nunca el lápiz del papel. Desde la distancia, con los ojos entrecerrados, parecía engañosamente cercano a la

coherencia, tentador incluso. Había palabras, párrafos, y dibujos, no muy diferentes de su propio grimorio. Pero al concentrarse, le producía un dolor en la parte trasera de los ojos, como si le rasgara la vista intentando leerlo.

Entonces ella presionó con más fuerza, concentrando toda su atención en ese tipo particular de determinación que lograba que el mundo se doblara y se inclinara bajo el peso de su Voluntad. La llama de la vela se apagó, y ella tropezó al fallar el hechizo, el vértigo haciendo que la habitación girara a su alrededor. "¡Qué lastimera!", pensó con enojo. "¿Casi un esfuerzo de voluntad por un solo hechizo fallido?"

Había sabido que el riesgo era poco probable que diera frutos, pero aún así sentía una amarga decepción. O el creador del libro había sido un taumaturgo mucho más fuerte que ella, o la brecha entre el método de descifrado y la sofisticación del cifrado era simplemente demasiado grande. Lo más probable es que ambas cosas. No ayudaba que todavía estuviera agotada por el día anterior.

Siobhan anotó los detalles del hechizo de descifrado fallido en su grimorio, luego volvió al libro robado, hojeándolo con la esperanza de encontrar alguna pista en los símbolos confusos, ininteligibles, y los dibujos ambiguos que siempre se retorcían o se desvanecían antes de que sus ojos lograran atraparlos por completo. Al regresar a una página anterior, encontró que era completamente diferente de la primera vez que la miró. El número de páginas ni siquiera podía determinarse con certeza.

Al cerrar el libro, la mirada de Siobhan se quedó fija en la sola runa estampada en la cubierta. Se negaba a aclararse en una forma con significado. "¿Quizá el propio texto no está cifrado, sino que me está lanzando algún tipo de hechizo de ilusión?"

Revise sus bolsillos, preguntándose qué componentes mágicos tenía a mano que pudieran estar relacionados con la claridad mental. "¿Quizá el pequeño fragmento de cristal y las plumas de águila de mi hechizo de sueño sin sueños sean útiles? Tal vez también algo de ginseng, aunque no tengo ninguno conmigo."

Cuando la puerta de su habitación se abrió, la mitad de sus componentes estaban esparcidos en el suelo, agrupados según sus propiedades mágicas. Había garabateado sobre el Círculo parcialmente borrado del primer hechizo con notas, flechas y esquemas de hechizos en parte diseñados.

La mirada de Dryden recorrió toda la habitación.

Siobhan se sentó de espaldas sobre los talones y siguió el rumbo de sus ojos, de repente consciente del caos que había creado. "Tengo un sistema", susurró, alarmada al sentir que un rubor subía a sus mejillas. "Solo parece caos a los ojos no entrenados." A veces, se dejaba llevar demasiado intentando resolver un acertijo.

Él apoyó un hombro en la puerta, con una ceja levantada. "Obviamente."

Solo ahora, al mirarlo sin la sombra de peligro que pendía sobre cada uno de sus pensamientos, se dio cuenta de qué tan atractiva era esa persona. Sus hombros eran anchos, su cabello suave y

brillante, y su mirada lo suficientemente brillante como para revelar una mente aguda debajo. Probablemente era un taumaturgo competente. Sus puños en su vestido blanco estaban arremangados hasta los codos, y al cruzar los brazos, ella observó los músculos en sus antebrazos y sus largos y elegantes dedos. La sensación vaga de atracción la incomodaba, y hasta entonces era más consciente que nunca de su cuerpo transformado. Apartó la vista.

Después de un momento, él le indicó con la mano con impaciencia. “Al menos el hechizo de transformación duró toda la noche. Ven, hay mucho por hacer si queremos presentar tu solicitud para los exámenes de ingreso antes de que termine el día. Tenemos hasta las seis para que acepten nuevos solicitantes.”

Siobhan se levantó rápidamente. “¿A las seis de esta noche? ¡Ese es el límite para todo este período!” La voz de su nuevo cuerpo se resistió a elevarse tanto como ella quería, en lugar quebrándose.

Él hizo un gesto para que ella lo siguiera de nuevo, esta vez con más impaciencia. “En efecto. Por lo tanto, debemos ponernos a trabajar de inmediato. Puedes regresar a invocar un demonio o a lo que sea que estabas haciendo, más tarde.”

Ella frunció el ceño y se apresuró a reponer los ingredientes en sus bolsillos y en su pequeña caja de almacenamiento, dispersos por el suelo. “Estaba tratando de descifrar el libro”, murmuró, siguiéndolo por el pasillo.

“¿Oh? ¿Tuvo mucho éxito?” dijo sin girar la cabeza.

“No”, admitió a regañadientes. “No soy experta en protecciones ni en cifrados, y carezco de los componentes adecuados para conjuros más eficientes de esa naturaleza.”

“Hmm.” Dryden parecía ni sorprendido ni decepcionado. “¿Pues, aprenderás en la Universidad?” Fue una declaración, pero con la entonación de una pregunta.

“Sí,” afirmó con firmeza, con una insipiente satisfacción al notar el peso que un tono masculino aportaba a su inflexión. Nunca había sido una mujer chillona, pero pocas mujeres que no estuvieran adictas a fumar “tos de gato” lograban obtener ese resonar natural.

Siobhan pasó la mayor parte del día bajo las instrucciones de Dryden. Primero, la envió a tomar un baño en su lujoso cuarto de baño, otra vez hecho de mármol. Los grifos estaban encantados para que brotara agua caliente en un recipiente empotrado en el suelo. ‘¿Con quién me habré metido?’, se preguntó mientras se enjabonaba con jabones aromáticos y algo poroso que pensó podría ser el resto de una planta marina llamada “esponja”. Dryden no era uno de los apellidos de la Familia de la Corona, pero el nivel de riqueza exhibido en su hogar evocaba una sensación de realeza.

Luego, le hizo vestir un traje de lana deliciosamente suave, uno de los suyos, que decía “del estilo del año pasado”, con una sonrisa autoconciente y ligeramente burlona en su voz, como si supiera lo absurdo que sonaba. El traje era demasiado grande para ella, pero no tenían tiempo para ajustarlo. Incluso examinó su manera de caminar mientras se dirigían al estudio lleno de libros, al que ella había espiado la noche anterior para asegurarse de no mover las caderas con femineidad.

“Entre las personas con las que te relacionarás, la apariencia es importante. La belleza, el lenguaje corporal y la elocuencia son herramientas esenciales. La gente puede ser poder, si sabes cómo cultivarla”, dijo.

Era evidente que seguía sus propios consejos. La apariencia de Dryden, su hogar, la forma en que interactuaba con el mundo y con quienes le rodeaban, todo reforzaba la impresión de riqueza y poder de buen gusto y control.

‘Aún así, es tan tedioso. La mayoría de las personas son, en general, trogloditas desprovistos de inspiración. La gente puede ser poder, pero la magia también lo es, y es un poder que prefiero mucho más. Una persona puede traicionarte o decepcionarte, pero siempre puedes confiar en tu dominio de la magia.’

La hizo sentarse en una de las sillas acolchadas mientras un sirviente les traía comida. Cuando la mujer salió, él dijo: “Para cualquiera que se tome la molestia de fijarse, parecerá que encajas en la Universidad. Caminarás como ellos, hablarás como ellos y vestirás como ellos. El objetivo es evitar llamar la atención en absoluto.” La miró con atención, luego suspiró. “Mi trabajo aquí podría ser más difícil, supongo. Si no fuera por la ropa y por el hecho de que te estás comportando como una niña, quizás no me daría cuenta de inmediato de que eres una impostora. ¡Separa las piernas!”, espetó.

Siobhan hizo lo que le pidió y comprendió de inmediato que aquello era mucho más... cómodo. Había tratado de no prestarle demasiada atención a la zona entre sus piernas mientras se bañaba, pero supuso que sería mejor acostumbrarse a ser un joven, puesto que pasaría bastante tiempo en esa forma, si todo salía bien.

“Ahora, vamos a crear tu historia, joven. ¿Cuál es tu nombre?” Dryden se recostó en su silla de cuero, sosteniéndola con una mirada desafiante.

Siobhan era lo suficientemente astuta para no pronunciar su propio nombre, al menos. “Lo mejor es que sea algo lo suficientemente parecido a mi verdadero nombre para que Reacción natural al escucharlo, pero no tan parecido como para despertar sospechas”, pensó. “Mi nombre es Sebastien”, dijo, sintiendo cómo el nombre pasaba por sus labios con cierto cuidado.

Dryden asintió con aprobación. “Suena bastante distinguido. ¿Y el apellido? No puedes ser de una familia noble establecida, pero tienes más probabilidades de ser aceptada si no pareces una simple plebeya.” Se puso a mutiplicar mientras se levantaba para inspeccionar una de las estanterías a lo largo de la pared. “Es triste, pero las estadísticas hablan por sí mismas. Al fin y al cabo, la ronda final de exámenes es supervisada por un panel de profesores que cumplen con su deber de imparcialidad con diferentes grados de sinceridad. Lo mejor sería que digas que provienes de una línea noble menor de fuera de Lenore, creo.”

Unos minutos de rebuscar entre libros dieron lugar a un satisfecho “¡Ajá!” y Dryden regresó con un libro antiguo, que colocó sobre el escritorio. Señaló con su dedo el centro de una página llena de listas de nombres. “Siverling. Sebastien Siverling. La línea parece haberse extinguido hace unos siglos, así que no habrá herederos reales que disputen tu lugar en su familia. Si alguien te pregunta, simplemente puedes admitir que eres de una línea bastardas y fingir estar ofendida, o

algo por el estilo.”

Los ojos de Siobhan se fruncieron. “¿Por qué haces esto?”

Él la miró con expresión severa. “Estar preparada es muy importante. Arriesgarse solo lleva a ser descubierta. Cuando era niño, intentaba colarme cosas ante mi madre todo el tiempo, y ella siempre descubría mis planes si dejaba siquiera la menor posibilidad abierta a ella. Aprendí que la única manera de salirse con la suya verdaderamente es ser meticuloso tanto en la planificación como en la ejecución. No creo que los humanos estén diseñados para ser naturalmente buenos en el engaño.”

Ella negó con la cabeza, no dispuesta a distraerse. “Sabes a qué me refiero. ¿Por qué haces tantos esfuerzos por ayudarme? Arriesgarte a encontrarte conmigo en primer lugar, si realmente pensabas que soy una poderosa hechicera que podría ayudarte con magias ilegales. Pero, en cuanto supiste lo contrario... Me sorprende que no hayas intentado silenciarme al instante. Además, me has dejado con este artefacto y el texto que lo acompaña. En esencia, estás patrocinándome a través de la Universidad. Y me has acogido en tu casa para que tenga éxito. ¿Haces tratos como este con todos los hechiceros aspirantes que conoces? ¿Qué esperas de mí?”

Dryden volvió a su asiento, mirándola de una manera que hizo que ella enderezara la postura defensivamente. “Sebastien, parece que estás bajo la impresión de que eres especial para mí por alguna razón oculta y peligrosa que escondo. Y, en cierto modo, lo eres, puesto que tienes un potencial algo único para serme de gran utilidad algún día. Sin embargo, no te ayudo porque seas especial. Si fuera solo por eso, preferiría evitar tus complicaciones y dejarte a tu suerte, esperando que logres salir adelante de alguna forma. No, te ayudo porque así me da la gana. Te lo dije en nuestro primer encuentro. Soy un filántropo. Y puedo ayudarte simplemente porque así lo decido.”

“Aún así, eso no explica todo—”

Con un gesto irritado, le interrumpió con un ademán brusco. “Disfruto corrigiendo errores. No tiene nada que ver contigo. No seas tan vanidosa. No eres tan única o valiosa como para que tenga que engañarte con alguna artimaña elaborada. Te ayudo, tú me agradeces con tu competencia, y mientras tanto, siento la satisfacción de saber que puedo lograr un cambio real en el mundo, tanto de manera directa como a mayor escala. Te lo he dicho. Hay poder en las personas, en las conexiones. No eres la primera en la que he puesto interés personal para elevarla de su estatus en la vida, y no serás la última. Por favor, no malinterpretes mis palabras. Enfócate en ser aceptada en la Universidad para que puedas devolverme mi generosidad.”

Siobhan apartó la vista, intentando ocultar su vergüenza e irritación. Se sentía injustamente castigada, y además, no estaba segura de confiar en él. ‘¿Quién es Oliver Dryden, en realidad?’ Katerin le había prestado el dinero basándose en muy poco más que su recomendación, o mejor dicho, en su sutil mandato. Él era la persona más adinerada que Siobhan había conocido, aunque quizás no la más rica de toda Gilbratha. Estaba involucrado en alguna operación que requería un hechicero ilegal de bajo nivel, en lugar de simplemente contratar mano de obra legítima certificada por la Universidad. Sus ojos brillaban cuando hablaba de cambiar el mundo, ese mismo tipo de brillo que había visto en los ojos de su abuelo cuando realizaba hechizos más grandes.

'¿Y por qué estuvo allí anoche, en persona? Incluso si pensaba que soy una hechicera poderosa y valiosa, ¿no debería haber tenido algunos esbirros disponibles para ese trabajo? ¿O tiene tantos policías en su bolsillo que no le importaría que lo arrestaran?' Cada pregunta la hacía sentir aún más desconfiada. 'Si ese es el caso, entonces anoche fue solo una actuación para ganarme la confianza, en lo personal.' No tenía suficiente información para juzgar con precisión, pero decidió mantener la guardia y los ojos abiertos.

'Pero soy especial,' pensó con determinación. 'Si eligió que alguien le quede en deuda basándose en su utilidad futura, ha hecho una buena elección, incluso si no lo sabe.' Sin embargo, no se atrevió a decirlo en voz alta por miedo a que la despreciaran. Se aseguraría de absorber cada gota de conocimiento y magia que pudiera para prepararse para el día en que la mosca en la pomada se hiciera evidente.